



Madrid 8 de Julio de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Recompensa [poesía], por don Ignacio Virto.—Los Niños viajeros, por don José M. de Larrea.—Cendrillon [conclusion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Caridad, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—¿Quizá no? por don J. S. Biedma.—Modas de Niño.—Juegos de Niños.

GRABADOS. La Madrina.—El zapatito de cristal.—Modas de niño.—El oso.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

III.

Amor fraternal.—Deberes para con los parientes.

Los primeros deberes á que está obligado el hombre, considerado en sus relaciones con la sociedad, se dirigen á los individuos de la familia de la cual forma parte, porque siendo esta como te he manifestado una sociedad reducida, dentro de ella debe ensayarse, digámoslo así, en el cumplimiento de aquellas obligaciones que impone la vida social. Des-

pues de los padres, los ancianos y mayores: despues de éstos, los hermanos y demas parientes.

Los individuos de una misma familia tienen un interés directo en auxiliarse mútua y recíprocamente, á fin de que se conserve vigoroso y feliz el todo de que forman parte. Hé aquí la razon del amor que deben prestarse los hermanos, que unidos por el estrecho y poderoso vínculo de la sangre, deben trabajar de consuno para endulzar los dias de aquellos que les dieron el ser y les proporcionaron la educacion. Nada hay que una tanto á los hermanos como la consideracion de que se han alimentado á un mismo pecho; de que se han recibido las mismas impresiones, de que se han

oído las mismas palabras y se han experimentado idénticas caricias en un mismo regazo: nada debe, pues, alentar su mútuo amor, como el recordar que de los mismos lábios han recibido las primeras amonestaciones que deben conducirles á la verdadera felicidad. Así, pues, al instinto natural que se desarrolla mediante el continuo trato; á la participacion en los mismos placeres y penalidades, y muchas veces á idénticas inclinaciones, se unen las consideraciones de que acabo de hablarte, las cuales en ningun tiempo debes echar en olvido. ¿Hay nada mas dulce que poder decir: «somos hijos de una misma madre?»

Mas no creas que este trato íntimo, continuo, que no permite que haya secreto de ninguna clase entre tú y tus hermanos, te dispense de guardar hácia ellos las consideraciones que prescriben el deber en general, y particularmente la educacion. Muchas veces por no reflexionar bastante acerca de este particular, sobrevienen en las familias rencillas y diferencias que sembrando la desconfianza en los corazones, acaban por alimentar la discordia é introducir la mas honda confusion entre personas que por lo mismo que forman parte de un mismo sér, deberian guiarse por iguales sentimientos, por un solo modo de pensar. Muchos creen que un trato frecuente y una familiaridad íntima, permiten toda suerte de acciones, hasta aquellas que pueden ofender, convencidos de que la amistad y el cariño no darán importancia á aquello que puede incomodar. Semejante creencia, es por demás errónea y contraria á lo que dicta la razon, produciendo en general su práctica tristes resultados, pues lo que con mas ahinco deben procurar las personas que se quieren bien, es no agraviarse ni romper la buena inteligencia que debe reinar entre ellas.

Atento á lo que acabo de decirte, sin que se debilite por esto en lo mas mínimo la confianza y comunicacion naturales y precisas entre hermanos, debes escuchar sus amonestaciones si son mayores, porque por lo mismo que han venido al mundo antes que tú, tienen naturalmente mas experiencia y saber, y si son mas

pequeños, procura instruirlos y guiarlos, en aquello que tú sabes y ellos ignoran. Ahí tienes un ejemplo palpable de la igualdad con que se distribuye la justicia y de la compensacion que se obtiene á los beneficios que se prestan.

Si tu hermano comete una falta, haz por ocultarla á los ojos de tus padres, reflexiona que con ello, á la par que les evitas un disgusto, haces para con tu hermano lo que quisieras que en un caso igual hiciera él para contigo; consuélalo en sus aflicciones, procura compartir con él el dolor, así como compartes el placer, y si por su mal carácter, ó por las debilidades propias de la edad se inclinara á contraer malos hábitos, con suaves amonestaciones, con cariñosas súplicas, y mas que todo con el ejemplo, procura volverlo á la senda del deber.

Mas solícitas deben ser aun tus atenciones para con tus hermanas. Mas débiles que tú por naturaleza, mas sencillas por inclinacion, y menos bulliciosas por carácter, necesitan ciertas consideraciones de las cuales saben prescindir los hermanos. No las molestes en sus juegos sencillos é inocentes diversiones, respeta sus preocupaciones infantiles, y si son mayores que tú en edad, considéralas mas que como hermanas casi como una segunda madre. Tú observarás la solicitud con que procuran disminuir con sus labores el quehacer que la familia ocasiona á una prudente y reflexiva madre; tú observarás el cuidado y satisfaccion con que cuidan de los hermanitos pequeños, haciendo porque vayan aseados, y llegando hasta á inculcarles los primeros principios y máximas de la religion; ya ves, pues, si se hacen dignas de tu consideracion y aprecio, y si merecen que se las ame y respete.

Acontece á veces en las familias, que ora por los caprichos de la suerte, ora por terribles desgracias, hijas de la enfermedad ó de otras causas, varíe la fortuna de sus individuos, de modo que unos tienen cuantiosos bienes, en tanto que otros, por decirlo así, gimen en la miseria. En tal caso la obligacion de los poderosos es amparar á los necesitados, porque si este es ya un deber que se tiene para con el

prójimo, cuánto mas no deberá tenerse para con los que forman parte de un mismo sér.

Si por tu mérito personal, por tu saber, ó por los insondables caprichos de la suerte, llegas á ocupar una de esas posiciones que se llaman brillantes, procura socorrer á los que te necesiten; nunca vuelvas la espalda á aquellos parientes que no han salido de su esfera, que es la misma en que te hallabas. Semejante desden, no solo probaria vanidad y orgullo, calidades de mala índole que nunca deben germinar en el corazon humano, sino que indicarian mezquindad de sentimientos y falta de talento. ¿Crées que por apartar de tu lado á tus parientes se ocultaria tu origen humilde? Al hombre le basta con ser honrado, por lo tanto con tal que hayan cumplido siempre con sus deberes, no debes bajar la frente, porque no reunan esos títulos, que no porque rodeen al hombre de cierto esplendor y magestad, aumentan la bondad de su corazon. No temas, pues, que el contacto de los que son menos que tú, empañe el brillo de tu posicion; al contrario, no desconociendo á tus amigos y parientes, si bien no haces mas que cumplir con tu deber, demuestras humildad y te haces mas digno á los ojos de Dios y de la sociedad. Jesucristo, con todo su poder, se rodeó de humildes artesanos para predicar el Evangelio; esto te demuestra lo que debes hacer.

De todos modos no debes olvidar jamás que el trato afectuoso, la dulzura de carácter, y hasta los ademanes que uses dentro de tu familia, encarnarán en tu corazon y harán que segun ellos obres en sociedad.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.



LA RECOMPENSA.

Cierto labriego, vecino
De cierto humilde lugar,
A la puerta de su casa
Plantó una tarde un peral.

Al año, no muy cumplido,
Diz que principió á brotar,
Pero era invierno y decian
«Se hiela! No vivirá.»

Juan, el hijo del labriego,
Niño de muy corta edad,
Le tomó al árbol cariño
Y dijo: «No morirá.»

Buscó ramaje y con él
Tal maña se supo dar,
Que contra el hielo y la escarcha
Dió abrigo al tierno peral.

Vino el verano: un verano
Horrible, cruel, sin par,
Y á decir todos volvieron
«Se seca! No vivirá.»

Juanillo le buscó sombra,
Él lo regó con afan,
Y al fin, con tantos cuidados,
Creció pomposo el peral.

Pasó tiempo, mucho tiempo,
Sin padres quedóse Juan,
Y el pobrecillo al perderlos
Quedó como es natural,
Sin luz, sin calor, sin sombra,
Sin bien, sin felicidad...
¡Cómo se quedan los hijos
Sin padres ¡ay! al quedar!
La suerte le fué contraria,
Y su desgracia fué tal,
Que al llegar á la vejez
Solo podia contar
Con su casa, ya arruinada,
Y con su viejo peral.

Entonces el pobre árbol
Que cuidó con tanto afan,
Fué el solo, el único amigo
De su triste ancianidad.
Cuando en el invierno crudo,
Tiritaba helado Juan,
Dábale el árbol sus ramas
Para echar lumbre al hogar,
Y cuando el ardiente astro
Con los rigores del can
Todo lo abrasaba, entonces
Juan hallaba en el peral
Plácida, apacible sombra

Donde tranquilo gozar
 Aspirando el dulce aroma
 De la brisa matinal;
 Y fruto sabroso y fresco
 Con que su sed apagar.
 Junto á su tronco una tarde
 Quedóse sin vida Juan,
 Sin exhalar una queja
 Sin prorumpir en un ay!...
 Y hoy en fin cubre la tumba
 En donde Juan duerme en paz.

IGNACIO VIRTO.

LOS NIÑOS VIAJEROS.

CÁCERES.—TRUJILLO.

Pasaron algunos días en Mérida nuestros viajeros, y después salieron para Cáceres, que dista once leguas, cruzando por *Aljucen*, pequeño pueblo cerca del río de su nombre; por *Casas de Don Antonio*, villa con un puente de piedra sobre el río Agüela, y por *Aldea del Cano*, situada en terreno quebrado.

Cáceres, villa y capital de la provincia de su nombre, está situada sobre una cordillera de cerros, á cinco leguas del Tajo.

Fueron á parar á la plaza, que es bastante grande, con soportales y tiendas de comercio, y en el centro un paseo.

Don Claudio quiso que entraran en un café que había en la misma plaza, para tomar alguna cosa con qué reparar sus fuerzas, mientras Juan, el criado de D. Manuel les buscaba un cómodo alojamiento.

Púsose, pues, D. Claudio á saborear un café con tostadas, y entretanto los niños preguntaban á D. Manuel qué significaba un torreón cuadrado que se veía en la misma plaza.

—Ese torreón coronado de almenas, les dijo D. Manuel, formaba parte de la antigua muralla, de la cual se ven aun lienzos, que, con varios torreones tan fuertes y sólidos como este, circundan parte de la población. Después vereis también el *arco de la Estrella*, practicado en la misma muralla, que es de piedra berroqueña, bastante aplanado y en forma de

concha, de modo que se puede atravesar hácia cualquiera de las cuatro calles á que dá paso, sin necesidad de oblicuar: en su centro interior vereis un templo con una imágen de Nuestra Señora de la Estrella, de la que recibe su nombre el arco.

—Las calles no me han parecido muy buenas, dijo Enrique.

—Todas forman cuesta, añadió Carlota, y en algunas hemos tenido que subir escalones.

—Eso consiste en la posición de la villa, toda sobre cerros.

Llegó en esto Juan y les dijo que ya tenían trasladado el equipaje á una casa, donde serían perfectamente tratados, y que no tenía mas inconveniente que el de hallarse situada en la parte mas alta de la población.

Al dirigirse á su alojamiento fueron observando que las casas son generalmente de buena construcción, y algunas elegantes.

—¿Qué edificio es este? preguntaron los niños.

—Es la casa que llaman de las Veletas, respondió Juan, que había ya estado en Cáceres.

—Así es, en efecto, añadió D. Manuel, y forma parte del antiguo alcázar de los reyes ó gobernadores, fundado sobre un grande aljibe.

Próximo estaba su alojamiento: llegaron á él, descansaron, y después siguieron viendo lo mas notable de la población.

Vieron la *casa de ayuntamiento* y el *palacio episcopal*, que ofrecen muy poco de particular; la *Audiencia territorial*, obra moderna; la *casa de los Golfines*, con un mosaico en su fachada; la *de los Carvajales* y la *de los Godoyes*, que son de las mejores que hay en Cáceres.

Visitaron luego los edificios religiosos, que son principalmente cuatro parroquias: *Santa María la Mayor*, de construcción gótica, con tres naves, un primoroso retablo de tres cuerpos y varios sepulcros de alabastro; *San Mateo*, con una torre con reloj, formando el templo, que fué mezquita de moros, una sola nave toda de piedra, y siendo notable en él la

capilla del célebre capitán Diego de Obando; *San Juan Bautista*, de arquitectura gótica, construida de piedra su única y pequeña nave; y *Santiago*, fuera de la muralla, edificio suntuoso.

Vieron además el *colegio de la extinguida Compañía de Jesús*, sólido y de buenas proporciones, con dos torres, graderías y un extenso átrio, y salieron de la villa para hacer una excursión en las cercanías al *convento de San Francisco*, espacioso edificio, en cuya fachada se ven las armas de los Reyes Católicos.

También asistieron al *Teatro* y á la *Plaza de Toros*; y después de haber visto todo lo que la población ofrecía de notable, resolvieron dirigirse á Madrid, deteniéndose en Trujillo.

Con este objeto tomaron billetes en la diligencia solamente hasta Trujillo, adonde llegaron después de recorrer ocho leguas, sin encontrar en todo el camino más que la venta de la Matilla.

En dos días que se detuvieron en esta ciudad les sobró tiempo para verla.

Las calles están bien empedradas, y la plaza Mayor es cuadrada con soportales embaldosados.

Vieron la iglesia de *Santa María la Mayor*, de construcción gótica, donde se halla el sepulcro de D. Diego García de Paredes, célebre por sus hazañas en las guerras de Nápoles; *San Martín*, edificio sólido y de buen aspecto, con templo de una sola nave; la *Casa Municipal*, con una buena sala de sesiones; las casas del marqués de la Conquista y del duque de San Carlos, y *el castillo* que, en muy buen estado todavía, se conserva al nordeste de la ciudad.

—Esta población, dijo D. Manuel á sus compañeros, es muy antigua, y los romanos la llamaron *Julia*. Una de sus mayores glorias es ser patria de Francisco Pizarro, conquistador del Perú.

Volvieron á tomar asiento en el correo de Badajoz que pasaba aquel día, y cruzando por Carrascal, Jaraicejo, Casas del puerto de Miravete, Lugar nuevo, Almaraz, Naval Moral, Calzada de Oropesa, Oropesa, Calera, Talavera

de la Reina, Cazalegas, El Bravo, Santa Olla, Maqueda, Santa Cruz del Retamar, Valmojado, Navalcarnero, Móstoles y Alcorcón, llegaron á Madrid, de donde D. Manuel había salido para hacer recorrer á su hijo todas las provincias de España.

JOSÉ M. DE LARREA.

CENDRILLON.

CUENTO POPULAR INFANTIL.

(Conclusion.)

III.

Conduciéndola entonces desde la puerta de la calle donde se hallaban al aposento de *Cendrillon*, le dijo:

—Vé al jardín y tráeme la calabaza mayor que veas.

Cendrillon cogió la mayor y más linda, y se la llevó á su madrina, sin comprender cómo aquella calabaza la haría ir al baile; pero su asombro creció de punto al ver que la madrina extraía toda la carne del centro hasta dejar solo la cáscara, hecho lo cual la tocó con su varita mágica, transformándola en una magnífica carroza.

Después se dirigió á la ratonera, hizo á *Cendrillon* levantar un poco la puertecilla, y cada ratón que salía por ella le convertía en un hermoso cordero tocándole con su maravillosa varita, con lo que formó un caprichoso tronco de seis corderos para la carroza dorada.

Terminado esto, lo que preocupaba á la hada era el cochero.

—Busquemos un salta-montes en el jardín, dijo *Cendrillon*; él nos servirá.

—Tienes razón, dijo su madrina.

Y al punto se encontró uno que se transformó por encanto en un cochero respetable, y dos lagartos, que lo fueron instantáneamente en lacayos con lujosas libreas, gracias á un pequeño golpe de la varita mágica.

Cuando cada uno estuvo en su puesto la hada exclamó :

—Ya tienes en qué ir al baile. ¿Estás contenta?

—Sí, madrina, pero ¿cómo quereis que vaya con estas ropas tan feas?

La madrina no hizo mas que tocarla con el extremo de su varita, y al punto su humilde traje se cambió en otro bordado de oro y perdrería, dándole su madrina por complemento unos lindos zapatitos de cristal.

Cuando se vió así adornada, y despues de recomendarle su madrina que no esperase á la media noche en el baile, porque al dar las doce su carroza se volveria calabaza, sus corderos ratones, sus lacayos lagartos, y sus vestidos recobrarian su primitivo aspecto;

y de asegurarle *Cendrillon* que así lo haria, subió á la carroza y se dirigió al baile loca de contento.

Al llegar á la puerta del palacio avisaron al príncipe que acababa de llegar una princesa desconocida, corriendo éste á recibirla y darle la mano para subir la escalera y entrar en el salon de baile.

Al presentarse ambos se suspendió la danza, calló la orquesta, y todo el mundo se volvió á mirar á la princesa desconocida, murmurando todos : « ¡ Qué bella ! » « ¡ Qué bien vestida ! » Lo que formaba un lisonjero rumor en torno de la jóven y del príncipe, que la llevó á ocupar el sitio mas preferente del salon ; bailando con ella repetidas veces,

siempre encantado de su gracia y gentileza.

Se sirvió un espléndido refresco, y en él *Cendrillon* procuró sentarse al lado de sus hermanas, á las que hizo mil obsequios, cediéndoles parte de los dulces que el príncipe la regalaba, y hablando con ellas largamente, sin que aquellas, acostumbradas á verla siempre mal vestida, la reconociesen.

Cuando la conversacion parecia mas animada, dieron las once, y *Cendrillon* se despidió acelerada y corrió al encuentro de su madrina, á quien dió las gracias por todos sus beneficios, añadiendo que desearia volver al dia siguiente, que se daba otro baile, y para el cual la habia convidado el príncipe.

En este instante llamaron sus hermanas á la puerta, que *Cendrillon* abrió, restregándose los ojos como una persona que se levanta de dormir, y exclamando :

—Cuánto habeis tardado !

—Si hubieras venido al baile, dijeron sus hermanas, hubieras visto la princesa mas bella y mas bien vestida que se puede imaginar, la cual nos ha colmado de finezas.

Cendrillon al escuchar esto no cabia en sí de gozo, y preguntó quién era aquella princesa, á lo que respondieron sus hermanas que nadie en el baile la conocia.

—Tan bella era ! dijo *Cendrillon* sonriendo. Ah ! quién pudiese contemplarla ! ¿ quereis prestarme alguno de vuestros peores vestidos para ir yo tambien al baile ?

—¡ Qué locura ! exclamaron las dos herma-



La Madrina.

nas á la vez. ¡Quién es capaz de prestar sus vestidos á una *cenicienta*!

Cendrillon ya contaba con esta negativa, porque lo contrario la hubiera puesto en un difícil compromiso.

IV.

Al día siguiente las dos hermanas fueron al baile, y *Cendrillon* también, pero aun mejor adornada que la noche anterior. El hijo del rey estuvo toda la noche á su lado diciéndole galanterías, cuya música celestial estació de tal modo á *Cendrillon*, que olvidándose de la recomendación de su madrina, dejó llegar la media noche, y aun estaba en el salón.

A la primer campanada de las doce huyó con tal precipitación, que el príncipe no pudo alcanzarla, recogiendo tan solo un zapatito de cristal que la jóven dejó caer en la rapidez de su carrera, llegando á su casa fatigada, sin coche, sin lacayos y sin mas galas que el otro zapatito de cristal en la mano. El príncipe bajó hasta la misma puerta de la calle, y preguntó si habia salido una princesa, á lo que contestaron los criados que solo habian visto salir una muchacha muy mal vestida, que mas aire tenia de cocinera que de señorita.

A poco rato las hermanas de *Cendrillon* volvieron á casa, y preguntándoles ésta si habia estado aquella noche también la bella princesa, le contestaron:

—Sí, también; pero ha desaparecido con tal rapidez al dar las doce, que ha perdido un zapatito de cristal, que el príncipe recogió, sin

dejar de contemplarle hasta que ha terminado la fiesta. ¡Oh! sin duda el príncipe ha quedado enamorado de su pequeño pié.

No se engañaban: á los pocos días el hijo del rey hizo publicar pregones, en que decia que elegia por esposa á la jóven á quien viniese bien el zapato de cristal, que se llevaria á domicilio á todas las jóvenes del reino.

Se comenzó á probar el zapato por orden de gerarquías: primero á las duquesas, después á todas las damas de la corte, llegando por fin el turno á las hermanas de *Cendrillon*, que no consiguieron meter mas que la punta de su pié en la pequeña zapatilla.

Cendrillon, que á cierta distancia presenciaba la prueba, exclamó riendo: —A ver si me viene á mí!

Sus hermanas se echaron á reir burlándose de ella, pero el enviado del rey, contemplando atentamente á *Cendrillon*, y encontrándola muy linda, dijo que tenia orden de presentarle á todas las jóvenes, y *Cendrillon* estaba comprendida en el



El zapatito de cristal.

número.

No bien hubo acercado el diminuto zapato al pié de *Cendrillon*, quedó ajustado en él como si en aquella horma se hubiese fabricado. El asombro fué general, y mayor aun cuando desapareciendo *Cendrillon* volvió en breve con el compañero que se puso en el otro pié, y llegando en el acto su madrina y tocándola con su varita mágica, transformó su humilde vestido en otro aun mas rico que los anteriores.

Entonces sus hermanas la reconocieron por la hermosa del sarao, y se arrojaron á sus piés pidiéndole perdón de cuanto la habian hecho sufrir.

Cendrillon las levantó, diciéndoles con cariño que las perdonaba y esperaba que la quisiesen como ella las quería; después de lo cual la condujeron á presencia del príncipe, que la encontró hermosa como siempre, y á los pocos días se casó con ella; justo premio de todas sus virtudes!

Cendrillon, que como sabemos era tan buena como hermosa, se llevó consigo á sus hermanas, y en breve las unió á dos grandes señores de la corte.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

CARIDAD.

¿Quereis que vuestras hijas sean caritativas? ¿Quereis que de su joven corazón brote espontáneamente el deseo de socorrer á sus semejantes, y que la caridad se convierta para ellas en un placer que les ofrezca mayores atractivos que los encantados juegos de la infancia?

Oid uno de los hechos que consigna en sus encantadoras páginas la célebre madama Courval.

Clara y Félix eran dos hermosos niños de seis á siete años, y cuya voluntad no habia sido nunca contrariada.

Hija de una madre joven, hermosa y caritativa por excelencia, Clara era buena, sensible, pero codiciosa y egoísta, apenas se trataba de la mas insignificante privación.

Recordando que á pesar de su entrañable celo por la educación de aquella hija querida no le habia enseñado todavía el placer que se experimenta ejercitando la caridad, Mdma. Villar, ansiosa de cumplir aquel hermoso deber, buscó cual otro Palemon desgraciados que pudiesen servirle de instrumento para conseguir su objeto, y se encaminó con sus hijos á los Campos Elíseos, donde debia esponerlos á la primera prueba.

Apenas los dos niños habian empezado á jugar, un anciano se les acercó lentamente, tendiendo hacia ellos su mano seca y amarilla como un pergamino.

—Una limosna, mamá, dijo Clara sin dejar de saltar.

—De todo corazón, hija querida, pero no traigo conmigo mas dinero que el preciso para compraros las tortas de la merienda.

Clara miró á su madre, y continuó saltando sin responder.

—Una limosna, señorita, repitió el mendigo.

—¡Pues qué! ¿no has oido que mamá no tiene qué darte? ven otro día.

—¡No, no hija mia! respondió Mdma. Villar, sacando de su bolsillo cuatro piezas de á dos sueldos cada una; tengo lo que acostumbrais á gastar por las tardes en la merienda, y si fueses capaz de privarte esta tarde de este pequeño regalo para socorrer al pobre, ¡cuánto mas hermosa parecerias á mis ojos, Clara mia!

—¡Pero tendremos hambre, mamá, cenamos tan tarde!

—¿Y qué importan, hija mia, dos horas de espera, cuando te aguarda una cena que podrá satisfacer cumplidamente tus necesidades? ¡Ay! ¡en cambio ese infeliz estará tal vez en ayunas!

Clara dejó de saltar, y fijó en el mendigo sus inocentes ojos.

—¿Qué ha almorzado Vd. hoy? le preguntó Mdma. Villar, adivinando el pensamiento de la niña.

—¡Nada! respondió el anciano bajando los ojos avergonzado.

—¿Y qué pensais comer?

—Os juro, señorita, que no tengo un solo céntimo.

—¿Quiéres, Félix? dijo Clara inclinándose cariñosamente hacia su hermanito.

—Yo... sí, no... no sé, respondió el niño balbuceando, y echando una mirada hacia la vendedora de pastelillos.

—¡No eres mi hermano! exclamó la niña, poniendo sus cuatro moneditas en manos del mendigo; si tienes hambre, Félix, ¿cuán grande será la del que no ha comido, ni espera tener hoy un pedazo de pan que llevar á la boca?

Félix tomó las otras cuatro monedas y las puso también en manos del mendigo, que los colmaba de cariñosas bendiciones.

Madama Villar se retiró aquel día mucho más tarde que de costumbre, y cada vez que los niños bostezaban y manifestaban el deseo de volver á casa, la joven madre les repetía que la caridad es el sentimiento más bello, el patrimonio de las almas buenas, y que merced á la privación de un pequeño capricho, Dios les tendría siempre presente que habían ejercido una grande obra de misericordia, dando de comer al hambriento.

Los dos niños se durmieron aquella noche gozándose en la idea de que aquel pequeño sacrificio atraería sobre su cabeza todas las bendiciones del cielo.

Tan vivo era el placer que Clara experimentaba al recordar la alegría del mendigo, que desde aquel día buscaba con afán las ocasiones de hacer el bien, ansiando gozar de nuevo aquel placer inefable de socorrer al prójimo.

Clara había recibido de su padrino un lindo neceser, al que tenía en la mayor estima.

Con ese afán de todas las niñas por aparecer mujeres, no dejaba de la mano sus tijeritas, su dedal de oro, ni su alfilerito de nacar, que figuraba un lindo pececito.

Madama Villar trabajaba en el jardín, y su hija parodiaba la costura jugando con el precioso neceser.

En aquel momento acercóse á la verja una pobre mujer que llevaba en brazos un niño escuálido y miserable.

Madama Villar hizo traer un pedazo de pan y le puso en manos de su hija, que corrió hácia la verja llena de alegría.

La mendiga dividió el pan en dos pedazos desiguales, y dió el menor á su hijo, que le llevó á la boca con una horrible voracidad.

—Y Vd. no tiene hambre? preguntó Clara á la mendiga, que parecía próxima á caer exánime.

—Yo no, señorita, porque me acuerdo de que mi marido se halla en cama, y él es antes que yo.

—Enfermo? pero los enfermos no comen, buena mujer.

—Es verdad, señorita, pero eso es cuando tienen calentura; mi pobre marido es un infeliz carpintero que se ha roto una pierna, y lejos de perder el apetito, devora como un buitre. Luego como no teníamos para pagar al cirujano, y se le va inflamando la pierna, qué sé yo cuando le veremos en pié.

—Cómo! exclamó Mdma. Villar, dejando las costuras y arrojándose á la reja, ¿no teneis para pagar al cirujano? Ah! entonces cómo ha de sanar ese infeliz!... y no puedo socorreros hoy! Dios mio! Dios mio!

—Mamá! balbuceó Clara mirando alternativamente á su madre y á la mendiga; es preciso que el pobre carpintero se cure para sostener á su familia....

—Imposible, hija mia! imposible! en esta semana no puedo disponer de un solo céntimo.

—Y cuánto necesitais? preguntó de nuevo la niña.

—No puedo asegurarlo, señorita, pero nos han ofrecido curarle por doce francos.

—Mamá, exclamó Clara besando afectuosamente las manos de su madre; permíteme que sea yo quien devuelva la salud al pobre carpintero.

—¿Pero cómo, hija mia?

—Este neceser creo valga los doce francos.

—Oh! yo lo creo, y mucho más.

—Pues bien, si tú me lo permites yo le cedo mi neceser para que le venda y pueda socorrer á su pobre marido.

—Tu neceser! una joya tan preciosa! un recuerdo de tu padrino!

—En efecto, mamá, es un juguete lindísimo, y que quisiera conservar toda mi vida, pero puede servir para devolver la salud á un infeliz artesano, y cada vez que le mirase experimentaría una especie de remordimiento por no haber tenido valor para imponerme este pequeño sacrificio... y luego ¿has olvidado, madre mia, el placer que se experimenta en ejercer la caridad? Ah! tú que me has enseñado á gozar socorriendo á los pobres necesitados, no puedes negarme la gracia que solicito... no.

Madama Villar abrió los brazos para recibir á su hija, que se lanzó en ellos derramando lágrimas de ternura.

Madama Villar corrió hácia la verja, y aseguró á la pobre mujer que Clara estaba completamente autorizada para ejercer aquella obra de caridad.

La mendiga tomó el neceser y se alejó bendiciendo á la madre y á la hija.

Un criado de confianza siguió á la pobre mendiga y le entregó doce francos á cambio del neceser, que la jóven madre guardó cuidadosamente para recuerdo de aquella buena accion.

Queriendo dar á su hija una prueba de lo mucho que apreciaba sus generosas inclinaciones, Mdma. Villar condujo una noche á Clara hasta la pobre choza donde habitaban sus infelices protegidos.

El padre estaba ya en pié, y apoyado en una muleta, en tanto que sus cuatro hijos saltaban en derredor esperando la sopa que su madre hacia hervir á la lumbre.

En el momento en que Clara aparecia en el dintel de la puerta, abierta como lo están siempre en las casas de los pobres, la mujer del carpintero exclamó con el acento de la mas profunda gratitud:

—Nuestra bienhechora, hijos míos! nuestra jóven bienhechora!

Y la madre y los hijos rodeaban á Clara y besaban con efusion la orla de su vestido, y la bendecian como su ángel bueno.

Clara experimentaba entonces una emocion que no experimentarán jamás los poderosos de la tierra si no han tenido la dicha de partir sus riquezas con el pobre.

Cuando seis años mas tarde la hermosa niña trocó su aureola de doncella por el velo de desposada, Mdma. Villar colocó en las manos de su hija un objeto precioso, que constituia el primero de sus regalos de boda. Era el neceser que habia labrado la felicidad de toda una familia.

¡ Madres, compañeras mías! no basta que seais buenas, escelentes y caritativas; si quereis que vuestros hijos lo sean tambien, haced-

les comprender todo el placer que experimentamos siguiendo el camino de la virtud, y ejercitando hasta donde lo permitan nuestras fuerzas las bienaventuradas obras de misericordia.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

¿ QUIZÁ NO ?

Si no habeis oido nunca hablar del tio Ruiz, el hortelano, ahora oiréis hablar de él. Y no sin razon voy á ocuparme de este pobre hombre, pues siendo yo niño me humillaba con frecuencia cuando era orgulloso, y me animaba cuando estaba decaido.

«De que sea yo hombre,» dije una vez al tio Ruiz, el hortelano, porque me habia hecho enfadarme, no dejándome coger unos melocotones muy hermosos que habia en un árbol: «De que sea yo hombre—le dije—tendré un huerto lleno de melocotones y los cojeré cuando me dé la gana, y no seré tan roñoso como Vd. es, pues daré melocotones á todo el mundo.»

«Quizá no,» contestó el tio Ruiz, y continuó trabajando con la mayor calma.

Aunque estaba muy incomodado, este «quizá no» del tio Ruiz me incomodó mucho mas todavía; de manera que resolví decididamente tener un huerto lleno de melocotones cuando fuera hombre, y dar melocotones á todos, aunque no fuese mas que para convencer al tio Ruiz de que tenia yo razon y de que él no la tenia.

Siempre que estamos incomodados creemos tener razon; no es estraño por lo tanto que me marchase yo pensando en la diferencia que habia entre mí y el viejo hortelano, y estando decidido á dar melocotones á todo el mundo, mientras él era bastante ruin para no repartirlos con nadie. En aquel momento le odiaba con mis cinco sentidos, y si me hubiera valido pronto hubiese cambiado de hortelano.

Como el fuego no puede arder sin leña, nadie puede continuar incomodado sin una nueva causa de descontento, y no tardó en efecto

en presentarse una ocasion en que volvió á provocarme el tio Ruiz.

Tenia yo entonces una pajarera con muchos pájaros, y sabiendo que una mujer que vivia cerca de casa tenia un canario amarillo muy hermoso, no descansaba un momento hasta poder hacerme con él. No era fácil persuadir á mi padre que me diera dinero para comprarle, y sin embargo miraba como mio el pájaro. Ya tenia preparada una jaula, y estaba decidido á ir y hacer el mejor cambio que pudiera, cuando encontré al tio Ruiz.

«Mira—le dije—que jaula he preparado para el canario que voy á comprar á la tia Magdalena. Dentro de una hora será ya mio.»

«Quizá no,» replicó el tio Ruiz.

«¿Qué quieres decir con quizá no?—repliqué muy incomodado—no ves que voy por él ahora mismo; te repito que el canario estará dentro de mi jaula antes de una hora, antes de media. Tú lo verás.»

«Cuánto me alegraré—decia para mí cuando iba á casa de la tia Magdalena—de traer á casa el pájaro; pero aun me alegraré mas de convencer á ese loco de hortelano de que tengo razon y él no la tiene.»

Cuando llegué á casa de la tia Magdalena me encontré, con gran pesar mio, con que habia vendido el canario el dia antes. Es verdad que me ofreció otro anteadado, pero no la quise hacer caso y volví á mi casa casi llorando. Muy triste era para mí no traer el pájaro; pero lo era mucho mas, diez veces mas, el que hubiera tenido razon el tio Ruiz. Todo mi orgullo al coger la jaula se trocó en humildad cuando tuve que dejarla.

Estaba allí el viejo hortelano exactamente como esperaba encontrarle cuando volviera con mi canario, y creyendo que me estaria mejor hablarle antes de que él me preguntase, dejé á un lado mi jaula y le dije:

«Esa mujer ha vendido el canario á otro, aunque sabia que queria comprársele, pues se lo propuse ayer.»

«¿Con qué no le has traído?» contestó el tio Ruiz mirando la jaula.

«No, no le he traído—repliqué llorando—

y creo que alguno le ha comprado con solo el fin de darme ese disgusto.»

«Quizá no—repuso el tio Ruiz—pues no se debe juzgar mal de nadie sin motivo suficiente; pero ya que no tienes el canario en tu jaula, veamos si está por casualidad en la mia.»

Diciendo estas palabras, sacó una jaula de detrás de la puerta, y enseñándomela, ví con grande asombro que tenia el mismo canario amarillo que habia pertenecido á la tia Magdalena. Conociendo el tio Ruiz que tenia yo gran deseo de que fuera mio, y recelando lo comprase otro, mientras yo andaba vacilando, habia ido él mismo y comprado el pájaro para regalármele.

Si antes me sentia humillado, esta buena accion del tio Ruiz me humilló todavía mas, y juzgué de «su quizá no» de una manera muy diferente que hasta entonces lo habia hecho. Nada es tan á propósito para humillar el corazon como una buena accion. Pero el canario era ahora mio, y el tio Ruiz y yo fuimos buenos amigos.

Aquel mismo dia me prometió mi padre llevarme á ver á un tio, á quien queria mucho, si hacia buen tiempo, pero el cielo estaba algo nublado. Fui al huerto donde estaba el tio Ruiz y le dije:

«Me parece que lloverá, porque así sucede siempre que llega un domingo ó cualquiera otra fiesta en que puedo divertirme. Estoy seguro de que lloverá.»

«Quizá no, señorito, quizá no»—dijo el viejo hortelano mirando al cielo.

Este fué un consuelo para mí, y lo que fué todavía mejor, sucedió como lo habia dicho el tio Ruiz. Se serenó el cielo, salió el sol é hizo uno de los dias mas hermosos que he visto en toda mi vida.

Conforme tuve mas edad y conocí mejor al tio Ruiz, aprendí á respetarle y amarle como á un hombre bueno y honrado. Comprendí que su «quizá no» era una cosa muy contraria á como yo le habia tomado. No era una maliciosa observacion de una persona que se complace en contrariar los deseos de cuantos le rodean,

sino el juicioso consejo de un hombre prudente, que conociendo por experiencia la locura de engreirse demasiado por una vana esperanza ó de abatirse sin razon por un pequeño obstáculo, procuraba buscar un buen medio entre los dos extremos. Hoy no puedo emprender ninguna cosa sin acordarme antes del «quizá no» del tío Ruiz el hortelano.

JOSÉ S. BIEDMA.

MODAS DE NIÑO.

Vestido de marinero, de lanilla gris, con cuadritos negros, guarnecido de trencilla de seda y un bordado de cordoncillo. La chaqueta se lleva abierta, echándose solo el boton de arriba para que se vea la camisa hueca; la manga es entreancha y con vuelta. Calzon hueco y fruncido de la misma tela y adornos.



Bolines grises.

Manga blanca hueca, con puño bordado, correspondiente al cuello.

Sombrero de marinero, de paja de Italia, con cinta de terciopelo negro y garzota de pluma negra y paja.

JUEGOS DE NIÑOS.

EL OSO.

Se traza un círculo en el suelo, y el designado para hacer de oso se pone en el centro de rodillas ó sentado; en este juego el oso es un sér pasivo. El jugador designado por la suerte para ser el *amo*, tiene cogido al oso por una cuerda, y debe valerse de todos los me-



dios posibles para tocar con la mano á uno de los otros jugadores, que vienen á dar golpes al oso con el pañuelo retorcido y anudado. Si el amo del oso llega á tocar á uno de los que atacan sin sacar al oso del círculo ni soltar la cuerda, aquel que ha sido tocado pasa á ser el oso; elije nuevo amo y continúa el juego como antes.

El pañuelo con nudos puede hacer daño al oso al pegarle; así es que convendrá solo retorcerle y cogerle por ambas puntas.

EMILIO DE TAMARIT.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.